

SEMBLANZA DEL PROFESOR ANTONIO PÉREZ VOITURIEZ

Conocí a Antonio Pérez Voituriez en mayo de 1969. Vino a Salamanca a visitar al profesor don Vicente Ramírez de Arellano y Marcos a la sazón catedrático de Derecho Internacional Público y Derecho Internacional Privado de la Universidad Salmantina. Recuerdo que conversaron una larga hora en el pequeño reducto que hacía de despacho del catedrático. Cuando se reabrió la puerta, ambos fuimos presentados y mantuvimos una conversación sobre el estado en que se encontraba mi tesis doctoral, sobre la situación y funcionamiento de la Facultad de Derecho y, especialmente, sobre su posible incorporación a las cátedras de Derecho Internacional de Salamanca. Tres años antes había muerto, a edad muy temprana, el profesor adjunto don Jesús Ruipérez Juárez y su plaza continuaba vacante. Confieso hoy que aquella posibilidad me inundó de alegría y esperanza porque para mí significaba, ante todo, el final de una soledad académica que, de verdad, comenzaba a serme insoportable. De este modo comencé a ver en Antonio a la persona que, en medio del naufragio, me tendía una mano y me invitaba a compartir un espacio en su patera.

A partir de entonces, nuestra comunicación y nuestros encuentros se hicieron frecuentes y a mí me sirvieron para comprender una de las facetas más notables de la personalidad de Antonio Pérez Voituriez: su sentido de la amistad y del compañerismo, que me demostró hasta su muerte. No tardé en comprender, sin embargo, que Antonio jamás vendría a Salamanca porque no era capaz de romper con lealtades muy firmemente construidas: como la que sentía hacia las Islas Canarias y, en particular, a Tenerife o su lealtad hacia la Universidad de La Laguna. Poco tiempo después de morir, algunos de sus discípulos me hicieron saber que, hasta el último momento, en plena enfermedad, no dejó de frecuentar la Facultad ni de implicarse en todas las tareas universitarias.

Al mismo tiempo, amaba su tierra con un gran amor *para nada* excluyente, en modo alguno localista o provinciano. Muy al contrario, poseía un espíritu amplio y abierto, muy permeable a otras realidades sociales, que le permitía afirmar sinceramente que se sentía «ciudadano del mundo» y que compaginaba armoniosamente con su fidelidad a las Islas. Recuerdo muy bien el cariño y el énfasis que ponía cuando, en mis visitas a Tenerife, me enseñaba los lugares y rincones más hermosos de la isla. ¿Quién no recuerda las excursiones a su finca de Icod de los

Vinos? Un día, paseando en torno a la casa solariega de la cima, de un estilo que se me antojó, entonces, vasco-francés, desde un lugar en el que se avistaba abajo el drago milenario de Icod de los Vinos y, en lontananza, la imponente silueta del Teide, me confesó que frecuentaba aquella casa porque le proporcionaba paz y tranquilidad y de repente comenzó a recitarme algunas estrofas de la *Vida retirada* de Fray Luis de León y, concretamente, una que dice: «Del monte en la ladera/por mi mano plantado tengo un huerto/que con la primavera/de bella flor cubierto/ya muestra en esperanza el fruto cierto». Estoy convencido de que era la forma de expresarme su amor a la naturaleza, la gratitud a sus raíces y su optimismo respecto al porvenir.

La época en que mantuvimos una más profunda y estrecha relación tuvo lugar en La Haya durante el verano de 1976. Ambos integrábamos un reducido grupo de alumnos-profesores que trabajábamos en el Centre d'Études et de Recherches de l'Académie de Droit International de La Haye. Durante aquellos dos meses de estancia en la capital administrativa de los Países Bajos, nuestra relación era cotidiana y permanente. Pasábamos muchas horas manejando los fondos bibliográficos de la biblioteca del *Vredespaleis* y muchos sábados y domingos me pedía que le acompañase hasta la playa de Scheveningen. Fue con ocasión de aquellos paseos cuando comprendí que necesitaba el mar porque éste, al igual que su casa de Icod, le procuraba paz y tranquilidad y porque probablemente fue el mar el primer espacio en que sus ojos se posaron y la primera visión que abrió su espíritu a horizontes amplios y abiertos.

Omito otros recuerdos, porque éstos me son suficientes para trazar los perfiles de un hombre bueno, pacífico, leal y fiel a la amistad, amante de la naturaleza, exigente con las misiones que su vocación le planteó durante la vida. Estos elementos son, justamente, los que conforman un hombre de bien y esa realidad ya histórica es, precisamente, la que hemos perdido sus amigos y compañeros. Sin embargo, Antonio Pérez Voituriez seguirá viviendo en nuestro corazón y en nuestra memoria. El drago milenario siempre nos recordará sus gestos calmosos, su hechura corpulenta y su bondad. Amigo Antonio: ¡Descansa en paz!

Salamanca, 5 de julio de 2001

Inocencio García Velasco
Catedrático de Derecho Internacional Privado
Universidad de Salamanca